

A las dos volvieron á emprender el camino. Desde Landen á Lonvain no habia más que seis leguas.

Los caballos de los hulanos y los capotes y *colbacks* habian mejorado la retirada, tanto más, cuanto que los franceses no habian tenido ni muertos ni heridos.

A las nueve de la noche llegaron á Lonvain.

Toda la poblacion estaba iluminada para facilitar se formasen vivaques en las calles. En las casas recibieron á las mujeres y á los niños, y los hombres quedaron fuera.

Danton no aceptó ni la cama ni el alojamiento que le ofrecian: se arrojó sobre un monton de paja y se durmió.

A media noche se despertó sombrío y calenturiento. Habia visto en sueños á su esposa. Estaba convencido que en aquella hora habria muerto; y que se le habia aparecido para darle el último adios.

Era en la noche del 6 al 7 de Marzo.

A la mañana siguiente quiso despedirse de los fugitivos: ya nada tenian que temer del enemigo. Las filas francesas se habian replegado detrás de San Trond. Todo el cuerpo del ejército de Miranda vivaqueaba entre Landen y Lonvain.

Pero para aquellas pobres gentes, Danton, el temible tribuno, el hombre sanguinario, era su paladin, su escudo. Las mujeres se arrodillaron á su paso, y los niños le imploraban con las manos juntas.

Pensó en sus hijos, en su mujer, lanzó un suspiro... pero se quedó.

XXVII.

La agonía.

Interin sucedia lo referido, fiel á su promesa, luchaba Jacobo Merey contra la enfermedad con toda la energía de la ciencia.

Cuando le dejó Danton en una de las secretarías de la Convencion, permaneció dos horas sin presentarse en casa de su amigo, para darle tiempo para despedirse de su esposa; pero las despedidas del impetuoso tribuno no eran de las que deben hacerse á una moribunda; Merey encontró á la mujer de Jorge risueña, y al mismo tiempo muy quebrantada.

En aquella época en que no se habia llegado á los adelantos químicos del siglo xix, y en la cual se ignoraban los elementos y composicion de la sangre, la enfermedad de Mad. Danton era apenas conocida con el nombre de anemia, y se la confundia con la neurisma.

Toda excitacion exagerada y persistente del sistema nervioso puede causar la anemia, es decir, el empobrecimiento de la sangre, su disminucion.

Los pesares y el abatimiento moral producen sobre todo ese resultado fatal: entonces los glóbulos sanguíneos de que se compone la sangre disminuyen de una manera considerable, y efecto de lo acuoso de la sangre se presentan frecuentes hemorragias.

Se comprende perfectamente que en una mujer tranquila, religiosa, sensible, como la esposa de Danton, hubieran influido tanto los acontecimientos, en los que tanta parte habia tomado su mari-

do y de los que habia sido el héroe, causándole aquel terrible cambio en su salud.

Jacobo Merey la examinó con la mayor atención; pero el doctor, tan adelantado en la ciencia, y comprendiendo aun más allá en fuerza de estudios y de talento, no podia ver otra cosa sino la que era clara para cualquiera otro médico de los más entendidos.

La enferma estaba acostada en un camapé: su rostro estaba pálido, los labios blanquecinos, las mejillas descoloridas. Descubrió los brazos y el pecho y notó el mismo color que en el rostro. La lengua participaba también de aquella palidez; la pulsó: los golpes eran lentos, intermitentes, flojos; el calor de la piel disminuía algunas veces. La pobre mujer miró tristemente á Jacobo.

—¿Quereis explicarme lo que sentís? la preguntó.

—Gran dificultad para vivir: que me ahogo al menor movimiento que hago.

—¿Palpitaciones?

—Sí; aturdimiento, sofocación, desvanecimientos y zumbido de oídos.

—¿Hace mucho que habeis tenido alguna pérdida de sangre?

—Esta mañana; como una copa, poco más ó menos.

—¿Por la boca, ó por la nariz?

—Por la nariz.

—¿La han guardado?

—Sí; mi suegra debe haberla conservado.

Jacobo llamó á la madre de Danton, quien presentó al doctor en un plato hondo la sangre.

La fibrina casi no existía; todo se habia vuelto serosidad.

Jacobo Merey pidió papel y pluma y recetó una decocción de quina, y una especie de opiata con limaduras de hierro y miel.

La enferma debia tomar tres copas pequeñas por día de la quina, y cada hora una cucharadita de la preparacion de hierro con miel.

Cuando tuviera sed beberia una tisana amarga.

Jacobo se despidió de la esposa de su amigo.

La enferma le siguió con la vista, y cuando llegó á la puerta él volvió la cabeza y sus miradas se encontraron.

—¿Deseais decirme algo? preguntó Jacobo Merey recordando las confidencias que le habia hecho Danton, relativas á las tendencias religiosas de su mujer.

—Sí, contestó.

Jacobo se volvió á acercar.

La moribunda le tomó la mano y le miró.

—Soy mujer, fiel á las creencias de mis padres, y no quisiera morir fuera de la Iglesia. ¿Me ofreceis advertirme á tiempo para buscar un sacerdote?

—No hay prisa todavía, señora, contestó Merey.

—Por temor de impresionarme demasiado, no me expongais á faltar á mis deberes religiosos. Mi muerte seria fatal. Además, añadió, necesito algun tiempo para encontrar un confesor.

—¿Deseais un sacerdote que no esté juramentado?

—Sí, dijo bajando los ojos.

—Tened cuidado; esos hombres son fanáticos, no comprenden la palabra de Dios, y serán implacables.

—Siempre he sido buena madre y esposa casta.

—Sí; pero se trata de vuestro marido.

Permaneció pensativa un instante.

—Probaré con un sacerdote no juramentado, dijo; si es demasiado severo, me buscareis otro que sea de vuestro agrado.

Jacobo se inclinó.

—¿El pensamiento de la confesion os atormenta? preguntó el doctor.

—Sí; os lo confieso.

—Pues bien, cuando crea que es tiempo prevendré á vuestra madre y buscará al confesor.

La enferma sonrió, dejó caer su cabeza sobre el respaldo del camapé y lanzó un suspiro de satisfacción.

Durante uno ó dos días operaron con eficacia las medicinas; pero al tercero se reprodujeron los síntomas alarmantes. La vista se turbó, algunos lunares negros se dibujaban en los objetos en donde se fijaba, y fué en aumento la susceptibilidad nerviosa.

Jacobo Merey observó y ordenó los tónicos más eficaces, pero

al salir del cuarto de la enferma le dijo á la madre de Danton:

—Id mañana en busca del sacerdote.

No contaba el doctor con visitar á la enferma al dia siguiente hasta la salida de la sesion para dejarla tiempo de cumplir con sus deberes religiosos; pero á eso de las dos de la tarde Camilo Desmoulins, corrió en su busca y le dijo que la esposa de Danton estaba muy grave, y rogó á Jacobo dejase todo y volase á socorrerla.

El doctor se admiró; conocia la marcha de la enfermedad y calculaba que aun podia vivir cuatro ó cinco dias.

Interrogó á Camilo, pero este solo pudo decirle que la madre de Jorge habia estado en su casa para avisar que su hija estaba peor.

Jacobo tomó un carruaje, el que le condujo hasta la travesía del Comercio.

La abuela y los niños lloraban; la moribunda rezaba con los ojos cerrados y las manos juntas; pero las lágrimas se deslizaban por entre sus pestañas.

Jacobo preguntó qué habia sucedido.

La madre sacudió la cabeza.

—¡El confesor, exclamó, oh, el confesor!

—¿Rehusó darla absolucion?

—¡La ha maldecido!

—¿Por qué le habeis dicho en casa de quién estaba? El nombre de los que mueren no es un pecado, y el confesor no necesita saberlo.

—¡Oh! no se lo habia dicho, contestó la madre; recordaba vuestra advertencia; pero al entrar aquí vió el retrato de mi hijo, hecho por David; lo reconoció, su pecho se agitó de cólera, sus ojos se irritaron y extendió el brazo hácia la pintura.

—¿Por qué teneis aquí, dijo, el retrato de ese réprobo?

Ni una ni otra contestamos.

—Interin permanezca ahí esa pintura, no entrará Dios.

Entonces Jorge, el mayor de mis nietos, se adelantó al confesor y le dijo:

—¿Por qué amenazais á mi padre?

—¿Ese hombre es tu padre? gritó el sacerdote.

—Sí; ese hombre es mi padre, respondió el niño.

—¡Atrás, reptil!

—¡Señor! dijo mi hija extendiendo hácia él los brazos.

—¡Ah! vos sois su madre, la mujer de ese hombre; ¡ah! habeis vivido con ese Satán, con ese réprobo, con ese Antecristo, y espe-rais el perdon del Señor. ¡Jamás, jamás, jamás! Morid como impenitente. Os maldigo, y que mi maldicion caiga sobre él, sobre vos y sobre vuestros hijos hasta la tercera y cuarta generacion.

Y salió: mi hija se desmayó; los niños lloraban. Corrí á casa de Camilo y le rogué os buscara. Esto es lo sucedido.

—¡El miserable! exclamó Jacobo: yo lo habia previsto.

Despues, dirigiéndose á la enferma, que permanecia muda é inmóvil, la dijo:

—Voy á buscaros un confesor que no os maldiga.

Y salió; volvió á subir al carruaje, corrió á la Convencion y regresó con el obispo de Blois, Gregorio.

Este entró con la sonrisa en los lábios y la bendicion en el corazon.

—No os haré más que una pregunta, señora.

—La esposa de Danton abrió sus ojos llenos de lágrimas, y al ver el traje episcopal del recién llegado, contestó:

—¿Cuál, monseñor?

—¿Amais á vuestro esposo?

—Le adoro.

—Pues bien; en ese caso habeis sufrido más que habeis pecado. Yo os absuelvo.

Entonces se sentó al lado de ella, la habló de Dios, de su infinita bondad, buscó las más delicadas fibras, las más secretas del corazon de la madre y de la esposa, y viendo que si bien estaba tranquila con respecto á sí misma, temblaba por la salvacion de su marido, le mostró á Dios, creando, con conocimiento del porvenir, cada hombre para la época en que debe vivir, y midiendo su misericordia segun la terrible mision que les está encomendada á los titanes revolucionarios.

La encontró anegada en llanto y rebelde para la muerte: la dejó llena de esperanza y tendiendo los brazos á la consoladora de todos los pesares.

Desde aquel momento Jacobo trató solo de dulcificar lo más posible el terrible paso de la vida á la eternidad.

La enfermedad habia hecho al dia siguiente rápidos progresos y los sintomas más alarmantes.

Por momentos perdía la vista, y durante algunos intervalos, que cada vez eran más largos, subía la inflamacion de las piernas: tenia síncope y se creía que en uno de ellos sucumbiría la enferma: recobraba la palabra, pero lenta é ininteligible.

Así pasó el dia y la noche del 4 al 5.

Los dias 5 y 6 no fueron sino una larga agonía.

De vez en cuando abría la enferma los ojos y los fijaba en el retrato de su marido, al que veía como á través de un velo. Quería hablar, pero no podía articular más que una especie de soplo, en el que apenas se percibía el nombre de Jorge.

En la tarde del 6 se apoderó de ella el amodorramiento: á media noche hizo algunos movimientos efecto de la convulsion, y entre doce y una de la madrugada pronunció clara y distinta la palabra «adios,» y espiró. Jacobo Merey fué á la chimenea y paró la péndola á las doce y treinta y siete minutos.

Era á la misma hora en que Danton habia dicho haberla visto.

Jacobo cumplió en todo las instrucciones de su amigo: sumergió al cadáver en una disolucion de sublimado corrosivo, y la puso en un ataúd de roble, con cerradura, cuya llave guardó, y despues de las ceremonias religiosas, despues de la misa mortuoria, que celebró el obispo de Blois, fué depositado el cadáver de la digna criatura en el cementerio Montparnase.

El que la conducía á la última morada no adivinaba que en aquel país en donde habia contribuido á destruir la monarquía y la supersticion en el reinado del hijo de Felipe Igualdad, el arzobispo de Paris, monseñor de Quélen, rehusaría una misa á su cadáver y que le conducirían á la postrer morada sin sacerdote, sin preces y en medio de un concurso vengador de veinte mil ciudadanos.

XXVIII.

Regreso de Danton.

Durante la ausencia de Danton se habia formado una tempestad temible contra la Gironda,

Hemos explicado lo más breve posible cuáles eran los motivos de su impopularidad.

Los girondinos no se habian vuelto realistas, como decian, sino que los realistas, por lo ménos en el nombre, se habian hecho girondinos.

Se sabe habian gozado de mucha popularidad: la revolucion en el 20 de Junio y en el 10 de Agosto habia estado identificada con ellos.

Por su parte, los jacobinos no habian cometido excesos sino cuando, con razon ó sin ella, los habian creido necesarios á la revolucion.

Ellos habian hecho las jornadas de Setiembre.

Los girondinos miraban los actos del 2 y 3 de Setiembre como crímenes, y habian pedido se persiguiese á los autores de ellos.

Hicieron acusar en la tribuna á Robespierre, como ya hemos dicho: ¿por quién? ¿Por Roland, que representaba la integridad; por Condorcet, que era la ciencia; por Brissot, que simbolizaba la fidelidad; por Vergniaud, que era la elocuencia? No. Por Louvet, el autor del *Foblás*, es decir, por la frivolidad.

Robespierre contestó con dos falsedades.

Dijo que jamás habia estado relacionado con el comité de vigi-